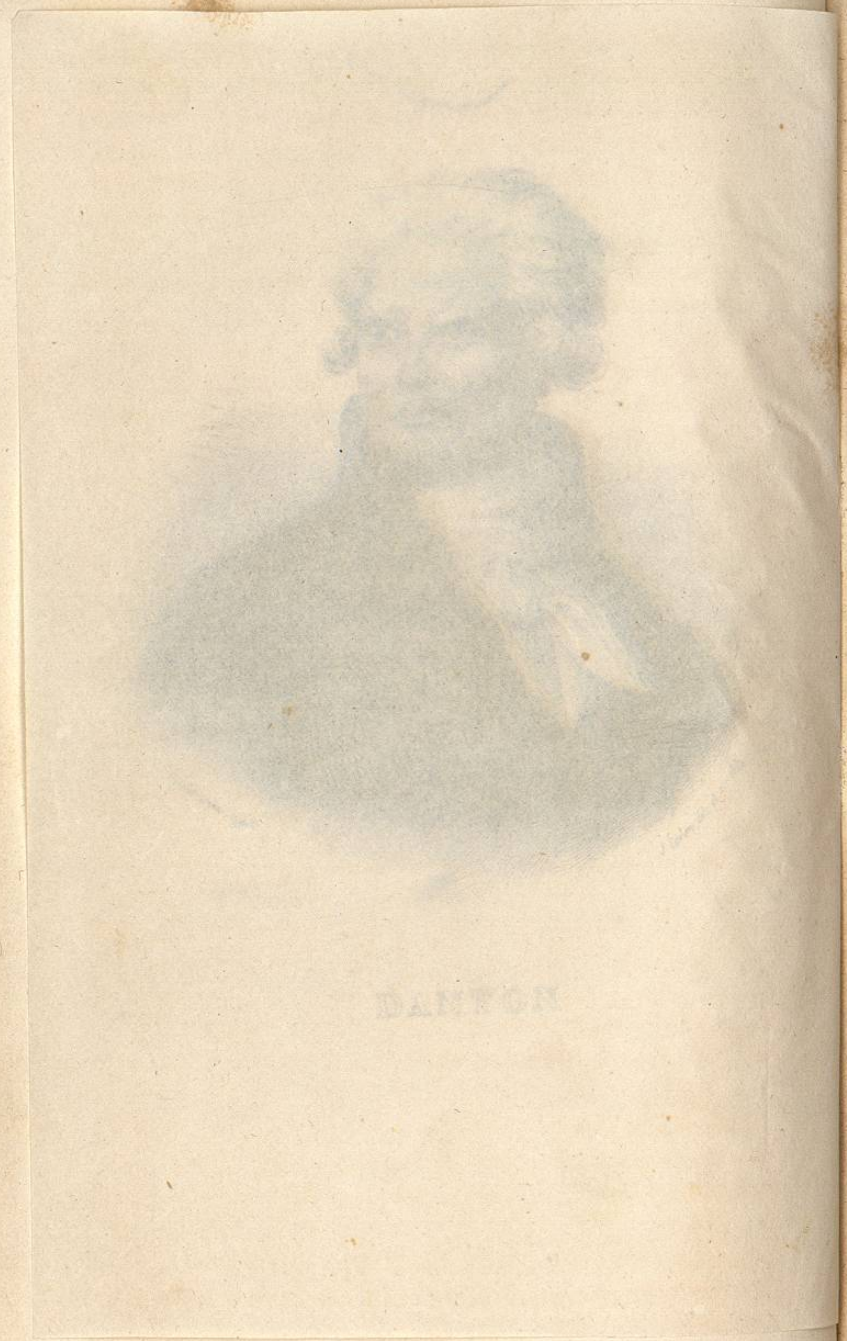
DANTON



CONVENCION.

DANTON.

La Convencion se abrió bajo los lóbregos auspicios de la muerte, con la guillotina á sus lados y el tribunal revolucionario en perspectiva.

Los Constituyentes eran hombres de teoría, los Convencionales fueron hombres de accion.

¡Qué tiempos! ¡qué dramas! ¡qué escenas borrascosas y terribles!

La Montaña (1) y la Gironda (2) adelantábanse una contra otra

(1) Llamábase así la parte de la Convencion en que tenian sus asientos los miembros mas exaltados de la Asamblea, y los partidarios de las medidas mas radicales y violentas. Formábase de partidos varios, siendo los dos principales: los meramente revolucionarios, ateos casi todos, los cuales sin miras, ó con miras confusas de porvenir, procuraban extirpar los abusos, desarraigar el antiguo régimen y afianzar la libertad; y sus principales coriféos eran Danton, Marat, Collot d'Herbois, Camilie Desmoulins, y otros que seria prolijo enumerar. El otro partido se componía de los Jacobinos, representados principalmente por Robespierre, Saint-Just, Couthon, Lebas, etc., gente entusiasta y austera, partidarios acérrimos de las ideas de J.-J. Rousseau, y mas celosos de la igualdad y fraternidad que de la libertad propiamente dicha.

(N. del T.)

(2) Dábase este nombre á la parte de la Convencion en que tenian principalmente su asiento los diputados de la Gironda, por lo cual el partido entero, si bien compuesto de representantes de todos los departamentos, tomó el nombre de Girondino. En general eran jóvenes llenos de entusiasmo y vehemencia, á quienes los encomios recíprocos y trato habitual, habian inspirado no poca vanidad y esa fuerte dosis de amor propio que se observa en las reuniones de provincias, sea político su fin ó literario. Muchos de ellos poseian una elo-

como dos ejércitos enemigos en un campo de batalla, se median con la vista, y se enviaban recíprocamente retos de muerte; mientras que el centro (1), oscilando sin cesar al impulso de contrarios vientos, inclinaba ora á un lado, ora al opuesto, segun la alternativa preponderancia de ambos partidos limítrofes.

Parecia que una cuchilla, suspendida á un hilo invisible, amenazaba la cabeza del presidente, de cada orador y cada diputado. Pálidos estaban todos los semblantes, la venganza hervia en el fondo de los corazones, la imaginacion calenturienta pastaba continuamente de cadáveres y funerales, y el temblor de la muerte vibraba en todos los discursos, que, con susto y sobresaltos y con voz seca y estremecida, pronunciaban los oradores aludiendo sin cesar á crímenes, conjuraciones, traiciones, complicidad y cadalso.

cuencia admirable, y todos un grande amor por la república, si bien concebian esta forma de gobierno de un modo visionario, con las virtudes, costumbres severas y abnegacion patriótica de los Griegos y Romanos. Faltábales el sentido práctico, el instinto revolucionario y esa elocuencia demagógica de sus adversarios tan eficaz en la muchedumbre. Las principales celebridades entre los Girondinos eran Vergniaud, Brissot, Condorcet, Isnard, Gensonné, Valazé, Louvet, Barbaroux, Salles, Meilhan, Buzot y Roland; este último, célebre por las gracias y talento de su muger que tan importante papel desempeñó en los acontecimientos de la época. (N. del T.)

(1) El autor se sirve de la palabra *marais*, que significa literalmente laguna ó pantano, y tal era el nombre que daba el pueblo de Paris á la parte central de la Convencion, á causa de su carácter cenagoso y estancado. Por el mismo motivo lo llamaba igualmente *ventre* (vientre), aludiendo á su naturaleza floja y parásita.

En efecto componíase el centro convencional de hombres pacatos y pusilánimes, arrastrados alternativamente por la Montaña ó la Gironda, segun las alternativas de pujanza ó abatimiento de ambos estos partidos; hombres escépticos los mas y sin credo alguno político, terroristas con Robespierre, termidorianos con Tallien, que temblaban á la menor demostracion armada. Su gefe era el célebre Barrère, dotado de una gran espontaneidad de palabra, considerable elegancia de diccion, carácter temeroso y prudente, y digno caudillo de partido semejante. El 9 de thermidor, previendo la borrasca que debia levantarse, y juzgando que su resultado debia ser la consolidacion ó ruina del partido dominante, llevaba Barrère un discurso en cada una de sus faldriqueras, en pro y en contra de Robespierre, determinado á pronunciar uno ú otro segun la marcha de los acontecimientos.

Como la energía de las expresiones metafóricas *pantano* y *vientre* solo pueden ser apreciadas en época revolucionaria, ó por las generaciones que reciben inmediatamente el espíritu de esta época; y, como por su naturaleza podrian ser chocantes á mas de un lector, hemos preferido la denominacion de *centro*, que se acomoda mejor á la índole de nuestro idioma. (N. del T.)

Marat, acusado por sus enemigos, saca de su seno una pistola, y, apoyándola en la frente: «Una palabra mas, exclama, y me «levanto la tapa de los sesos.»

David, el gran pintor David, en pié sobre su asiento, gritaba como un energúmeno: «Pido que me asasineis.»

Con el ojo encendido, fruncidas cejas, torva mirada, trepaban los Convencionales á la tribuna, para incriminar ó defenderse, ofreciendo su propia cabeza en testimonio de su inocencia, ó pidiendo la de sus contrarios. La pena capital era la única conocida para toda clase de delitos, y faltaba á la Asamblea tan solo el verdugo, el cual no estaba muy lejos.

La victoria pareció declararse por la Gironda. No es fácil formarse una idea de las injurias, desprecio, gestos y amenazas dirigidas contra Marat, cuya persona evitaban todos llenos de horror, como si nada humano tuviese este feroz revolucionario, ni el aspecto, ni la palabra, ni aun el nombre.

Cuando subia Robespierre á la tribuna, se proferian los gritos de: ¡Abajo el ambicioso! ¡Fuera el dictador!

Robespierre cedió, pero pronto volvió á levantarse audaz, evocando cada dia y abultando la negra y siniestra nube de cuyos flancos debian estallar la muerte de Luis XVI, el suplicio de los Girondinos, el levantamiento de la Vendée, la ley de los sospechosos, la ereccion del tribunal revolucionario, la permanencia de la guillotina, la demagogía de los clubs, el degüello en las prisiones, la denunciacion y el terror.

La Convencion queda estupefacta y yerta al ver guillotinados Vergniaud y Danton; hasta esa época habia estado en la fiebre y delirio, pero desde entonces entraron los sudores frios, el abatimiento y estropeo general. Los Convencionales hablaban, pero ya no discutian; y, en el horror del silencio, leian sus informes y relatos Robespierre, Saint-Just, Couthon, Collot-d'Herbois, y Billaud-Varennes. Nadie osaba respirar, ni mirarse, ni sobre todo contradecir; y los mas pusilánimes disimulaban su temor bajo un fingido entusiasmo, mientras que los mas audaces balbuciaban las excusas del miedo. La iniciativa habia pasado al club de los Jacobinos, la fuerza armada á la municipalidad de la capital, y la alta direccion de la policía á Robespierre. La minoría triunviral oprimia la mayoría del gobierno, en la Comision de salud pública. Mutilada por las contínuas ejecuciones del Tribunal revolucionario, la Convencion no movia brazos ni piernas, como si se hubiese pa-

rado repentinamente su vida, y cuajádose su sangre en sus venas, conservando solo los movimientos automáticos de una máquina de decretos.

Robespierre, á pesar de su acierto y habilidad, se perdió no obstante por haberla mirado con desdén; cuarenta dias, y cuarenta dias en aquel entonces componian un siglo, estuvo sin dignar tomar en ella asiento, sin comprender que, en una nacion tal como la nuestra, una Asamblea legislativa, de cualquiera naturaleza que sea, tendrá siempre un poder enorme, aun cuando parezca que dormite; que, sea deber, interés, debilidad, ó hábito, la muchedumbre adhiere á las señales exteriores de la autoridad; que el gobierno, en revolucion, no se conserva sino con la condicion de ejercerse, presentarse y ser visto á cada hora en las manos de los que gobiernan; que, en una época revolucionaria, es necesario nunca detenerse, jamás desviarse, jamás reposar, jamás dormir. Y Robespierre durmióse, creyendo que, por su ascendiente, podria siempre dominar la Convencion y las Comisiones. Robespierre las acusó sin insurreccionarse, estalló antes de estar preparado, puso el pié en un terreno movedizo que variaba de dia en dia y que habia cesado de conocer; así tropezó, y sus cómplices, temerosos de caer igualmente, lo arrastraron al abismo.

Pero el vulgo, impresionado por la grandeza de los acontecimientos, supone siempre vastos pensamientos y miras lejanas en los hombres de accion, obstinándose en ver un elemento maravilloso en las causas, puesto que las halla en los efectos; sin atinar á comprender que, en Francia sobre todo, lo imprevisto es lo que domina, y que las revoluciones emanan del encadenamiento sucesivo de los hechos, á veces de una mera ocasion, casi nunca de la voluntad premeditada de un hombre, de un partido, de un sistema.

Algunos han creido ver igualmente una unidad y una fuerza admirable en la organizacion de la Convencion, opinion no menos errónea, pues, si bien se examina, esta Asamblea debió mas de una vez su conservacion á la casualidad. En efecto, poco faltó para que el 31 de mayo no acabasen con ella los Girondinos; algo despues, sin la astucia de Saint-Just, triunfaba de ella Danton; mas adelante, sin la cobardia é inepcia de Henriot, Robespierre, proscrito el 8 de termidor, preso pero puesto inmediatamente en libertad, volvia á recobrar la autoridad; igualmente, sin una carga de caballería dada muy oportunamente, continuaba deliberando

el populacho ebrio de sangre, el 1° de prarial, en el seno mismo de la legislatura, con algunos diputados insurgentes, despues de haber echado abajo las puertas de la sala, dado muerte á Feraud y expelido la Convencion; por último, sin el héroe del 13 de vendimiario, las secciones de Paris daban muerte en sus mismos asientos á los miembros del cuerpo revolucionario.

La anarquía de accion y voluntad dominó la Montaña como los demas partidos. Hubo, por otra parte, diferentes Montañas: la Montaña de Marat, grupo aislado, pues la repudiaban Danton y Robespierre; la Montaña de Danton y sus amigos Camilo Desmoulins, Legendre y Lacroix; la Montaña de Robespierre, Couthon y Saint-Just; la Montaña de Billaud-Varennes, Tallien, Barrère, Collot-d'Herbois; la Montaña de Bourbotte y de Goujon. Todas ellas se arrojaron recíprocamente al rostro cieno y sangre; y tal es por desgracia la historia de todos los partidos en todas las Asambleas, que se injurian en tiempo de paz, y se degüellan en tiempo de revolucion.

Así errónea es la opinion generalmente admitida, de que la Convencion fue una Asamblea completamente libre, regulada, consecuente, directora, reina tanto de hecho como de derecho, dueña absoluta y espontánea de todos sus movimientos. Lejos de ser así, se puede asegurar que la Convencion fue perennemente, desde su abertura hasta el suplicio de los Girondinos, una arena de muerte de ambos partidos rivales; y, despues de los Girondinos, su obediencia fue casi silenciosa; bajo Robespierre, solo ofrece terror y mudez; y, despues de este, contra-terror con raras intermitencias.

Decretar unánimemente la arrestacion de los Girondinos, luego de Danton, y mas adelante de Saint-Just, votar con unanimidad, el 8 de termidor, la impresion del discurso de Robespierre, y al dia siguiente su muerte; ¿qué asomo de razon, consecuencia ó libertad, ofrecen semejantes procedimientos? ¡Cosa extraña! la Convencion fue la mas soberana á la vez y la mas sujeta de todas nuestras Asambleas; la mas habladora y la mas muda; la mas gesticulante y la mas inmovil; la mas independiente por intervalos, y la mas dominada en general; y, siendo un instrumento poderoso, dependiente, pasivo, unitario, en manos del gobierno revolucionario, pudo este acabar con sus enemigos imponiéndoles el silencio de la victoria ó el terror.

Hablando con propiedad y sin rodeos, el papel de la Conven-

cion no excedió al del escribano que autoriza y legaliza los actos; y el verdadero gobierno residia en las Comisiones de salud pública y seguridad general, las cuales en el exterior, se apoyaban en los representantes del pueblo comisionados cerca del ejército; en el interior, en los distritos y sociedades populares con que estaban en correspondencia; é igualmente en la Convencion que decretaba sus medidas, y en el tribunal revolucionario que les daba, cuando lo pedia el caso, su terrible sancion.

El gobierno deliberaba en comun, con arreglo á los informes de sus miembros; pero cada uno de estos era casi independiente en su departamento: así Carnot dirigia casi exclusivamente el de la guerra, Cambon el de la hacienda, Robespierre el de la policía; y cada miembro del gobierno reunia al poder individual de su suprema direccion, el poder colectivo de las Comisiones, y la dictadura era completa.

A esta misma dictadura de las Comisiones, mas que á la misma Convencion, se debe atribuir lo malo y lo bueno de aquella época, el terror implacable en lo interior y las victorias ganadas por los ejércitos franceses. ¡Qué hombres de hierro eran todos los miembros de las Comisiones de la salud pública y seguridad general! ¡qué tenacidad de voluntad! ¡qué precision en el mando! ¡qué prontitud de ejecucion! Guerra, marina, hacienda, subsistencias, policía, negocios interiores, negocios exteriores, legislacion, á todo bastaban, á todo acudian, perorando con los Jacobinos, deliberando en las Comisiones, leyendo informes en la Convencion, trabajando quince horas por dia, dirigiendo los planes de ataque y defensa, correspondiendo con catorce ejércitos y organizando la victoria.

A la vez reyes, diputados y ministros, ordenadores y redactores, gefes y expedicionarios, llevaban el peso del gobierno en su conjunto y en su distribucion. El poder rebosaba en ellos, sin mas extension que su voluntad, sin mas límites que el cadalso; si osaban en demasía, se les llamaba dictadores; si no osaban lo bastante, conjurados; omnipotentes, pero responsables, responsables con su cabeza del triunfo como de la derrota.

No era en aquel entonces la deputacion un empleo de ocio ó de explotacion; para ir á la Asamblea tenian que atravesar los diputados plazas llenas de cañones con la mecha encendida y llameando en las manos populares; era necesario pasar por filas de picas y bayonetas; entraba el representante en la sala como soberano, y

salia á menudo proscrito. El presidente Boissy-d'Anglas, cubríase impávido ante la cabeza ensangrentada del diputado Feraud, que una porcion de mugeres desgreñadas y feroces le presentaban en la punta de una pica; Lanjuinais continuaba su discurso sin preocuparse de la pistola de un asesino apuntada á su cabeza; Robespierre, con la quijada rota yacia en tierra en una sala adyacente á la Convencion; otros diputados se quitaban la vida con un puñal, á dos pasos de allí, en el pretorio del tribunal revolucionario; otros se envenenaban para escapar al verdugo; tales eran los espectáculos ordinarios.

La compasion y la esperanza son cosas desconocidas á partidos que se diezman y se inmolan recíprocamente. Era necesario combatir: la Montaña contra la Gironda, y luego entre sí los miembros de aquella, mas la lucha era tan necesaria como inevitable, la victoria efímera, la muerte segura.

¿Fue acaso Vergniaud federalista? ¿Conspiró Danton contra la república? ¿Encaminábase Robespierre á la dictadura? Cuestiones son estas que no están suficientemente demostradas á lo menos á mis ojos, probando poco ó nada en mi concepto esos repentinos arrestos, esos testimonios sin defensa, sin confrontaciones, sin formas, sin reglas, sin denunciadores libres, sin tribunal imparcial, sin jurado formal. Los convencionales se acusaban entre sí, se deshonraban, se destruian; pero no se juzgaban.

La historia imparcial dirá que en esos hombres alternativamente proscritores y proscritos, jueces y víctimas, hubo mas fanatismo que ambicion, mas exaltacion que crueldad; dirá que á las instituciones revolucionarias y no á los hombres instrumentos de estas mismas instituciones, debe un ánimo imparcial atribuir los excesos de esa época delirante; que un solo cuerpo político que pretende á la vez constituir, promulgar leyes, deliberar, acusar, juzgar, administrar, vigilar, combatir, obrar; que acumula en sí todo el gobierno con toda la legislatura, se condena á padecer la anarquía ó el despotismo; que esa Convencion, órgano único y legal de la universalidad del pueblo, no debia permitir que se estableciese á su lado la dominacion de un club rival, igual en poder, ni tolerar, bajo el pretendido respeto de la soberanía del pueblo, que autoridades ó corporaciones, cualesquiera que fuese su naturaleza, asediasen la Asamblea con proposiciones incendiarias y desfilasen triunfalmente en su presencia con armas ó sin ellas; ni deprimir la magestad nacional ante un clubista alborotador de café

ó taberna, agitándose como un endemoniado y echando espuma por la boca como un epiléptico; ni prorogar indefinidamente los poderes omnipotentes de las Comisiones ejecutivas; ni, despojándose de su inviolabilidad parlamentaria, permitirles lanzar mandatos de arresto contra sus miembros, ni proceder ella misma contra estos del mismo modo sin oir sus defensas; ni autorizar, en todos los puntos de la república, sin disciplinarlas y contenerlas, diez mil sociedades habladoras, turbulentas y terroristas; ni dejar usurpar las tribunas públicas y sus propios asientos por una muchedumbre de ambos sexos andrajosa, de siniestro aspecto, que aplaudía, vociferaba, amenazaba con el puño y deliberaba; ni convertir tumultuariamente en decretos, por aclamacion, y sin debates previos ni intervalo conveniente, proposiciones de acusacion, legislacion ó policía, que el proponente habia leido una sola vez, que la Asamblea no habia comprendido, y tal vez no escuchado; ni tolerar que llamados fuesen los colegas del lado opuesto, malvados y conspiradores, y resonase en la tribuna un lenguage de muerte que conduce mas pronto de lo que se cree á escenas de muerte; ni imaginarse que la soberanía popular pudiese fraccionarse y residir en la usurpacion improvisada de algunas autoridades y algunos individuos que se insurreccionaban y revestíanse con la palabra é insignias del mando supremo; ni enfin creer que una Convencion podia llevar sola sobre sus hombros, por mas robustos que fuesen, el peso enorme, universal y abrumador de treinta millones de hombres.

Pero no arredraron tales anomalías de principios y conducta, á los clubs, comisiones y caudillos de la Convencion, los cuales se creyeron llamados á cumplir una mision del destino, que en efecto cumplieron, y llegaron hasta el fin sin rodeos, sin consideraciones, sin miedo, sin piedad, sin remordimientos; sabiendo que atropellaban la regla ordinaria á la cual anteponian la razon de estado; no disimulándose que para llegar á sus fines era necesaria la violencia, y violentos fueron en efecto; que maldecida seria su memoria, y su memoria inmolaron á la patria y á la humanidad. Así cubrieron la estatua de la Libertad con el velo de la dictadura; suspendieron la libertad de 1793; contrarestaron con un alistamiento en masa á la voluntad de los reyes, y opusieron el hierro de la guillotina á sus enemigos interiores; impelieron con frenética y desesperada mano, el carro de la Revolucion, que habian armado con cortantes guadañas; abatieron bajo el nivel de la igualdad las ciudades y los campos, las leyes y las instituciones, los hombres y las cosas.

¡Ah! ese olor de sangre que exhalan las huellas de la Convencion, aun despues de medio siglo, me horroriza. Esa abominable pena de muerte que la misma Convencion repudió en su testamento, nunca la hemos deseado nosotros los amigos de la libertad, jamas la desearemos. Por grande que pueda concebirse, la justicia debe limitar á la omnipotencia de un dictador ó una Asamblea. ¿De qué sirvieron á la causa de la Revolucion las olas de sangre vertidas en setiembre, los tribunales revolucionarios, el antagonismo de los clubs, la insurreccion de las municipalidades, los motines, los cadalsos permanentes, las guillotinas ambulantes, tantos infelices anegados, tanta metralla vomitada contra ciudadanos inofensivos, las declaraciones fuera de la ley, los encarcelamientos de ancianos, mugeres y niños? ¿Tantas crueldades é infamias fortificaron acaso el gobierno revolucionario? ¿Fue por eso la Francia mas respetada, mas justa, mas amada, mas victoriosa? ¿Ganaron algo el progreso, la moralidad, la fraternidad? No, y nunca hará el terror mella alguna en un pueblo enérgico.

Pero al paso que apartamos los ojos con naúseas y horror del cadalso político, debemos ser justos, y reconocer un título á la Convencion, que le será una honra eterna, y es que tuvo siempre un profundo sentimiento de la libertad, un amor inmenso de la patría comun, y fundó tres cosas inapreciables: la independencia del territorio, la unidad del gobierno y la igualdad de los ciudadanos (1).

Aun en nuestros dias, ¿podrá creerse? hablar despues de mas de medio siglo de la Revolucion francesa, es querer escribir sobre un barril de pólvora, entre panegiristas entusiastas é implacables disfamadores, dispuestos cada uno por su parte, á hacerlo volar, si no es el escritor exclusivamente de su opinion, y nosotros no somos, ni seremos nunca partícipe de opiniones extremas, aunque deban prender fuego á la pólvora.

Así pues, ¿quien podrá impedirnos decir que, aun despues de medio siglo, han visto la luz mas obras novelescas que históricas sobre la Convencion, y eso en todos los partidos? Aun en el dia prestamos á la generacion de 1793 nuestras opiniones, nuestras

(1) Doy gracias á la Convencion de haber salvado entonces la independencia de la Francia. (Discurso de M. Berryer, *Monitor* del 17 de enero de 1839).